

ción. Su construcción por consiguiente es muy precisa, y consiente pocas inversiones. Los verbos no tienen voces, ni modos, ni admiten más tiempos que el pretérito que comprende todo lo que ha sido, y el futuro que se refiere á lo que será. presente no hay mas que Dios, que siempre ha sido, es y será. No hay gran variedad de pronombres, adverbios, preposiciones ni conjunciones. En suma, el rasgo característico de estas lenguas es la sencillez, y en él se refleja la tendencia de los pueblos que las poseen á la unidad, el convencimiento que tienen de la existencia de un solo Dios Criador y Regulador de todo el Universo. Y en efecto casi todos los pueblos que hablaban lenguas semíticas adoraban al Dios Unico y Verdadero.

En las lenguas indoeuropeas, se nota mayor adelanto. Casi todas las modificaciones de las ideas se dan á conocer por cambios en las letras finales de las palabras. Así los nombres tienen formas especiales en los números para indicar si se refieren á un individuo á dos ó á más, y estas formas varían en cada uno de los géneros que pueden tener, así como en cada uno de los casos en que pueden encontrarse. Y hay, además, varias declinaciones, es decir, diversos grupos de terminaciones que pueden tener los nombres según su estructura en los diferentes casos. Los adjetivos y demás palabras atributivas tienen igual variedad de formas, por medio de la cual se puede establecer la concordancia y saber cuáles son los nombres á que se refieren, cualquiera que sea el lugar que unos y otros ocupen en el discurso, lo cual da á estas lenguas gran libertad de construcción. Sus verbos cuentan con dos ó tres voces, cuatro ó más modos, doce ó más tiempos, y todo esto con gran número de irregularidades. Hay dislutas clases de preposiciones y abundante colección de adverbios y conjunciones. Esta profusión de palabras y variedad de formas tiene tambien una analogía muy notable con la multiplicidad de dioses del paganismo, que era la religión de los pueblos que hablaban lenguas indoeuropeas. Estas lenguas tienen sin duda mayor belleza que las semíticas, por su gran variedad de formas y se prestan

más á la energía y armonía del discurso, por su gran libertad de construcción; pero en cambio es más difícil llegar á poseerlas con perfección por la complicación de sus reglas y la multitud de sus excepciones.

Hemos dicho que casi todos los pueblos que hablaban lenguas semíticas adoraban al Dios Unico y Verdadero, porque hay un pueblo, por lo menos, que profesando la religión pagana hablaba lengua semítica, tal es el pueblo fenicio, que como antes dijimos tampoco descendía de Sem sino de Cam. Este pueblo, notable por su grandeza y cultura, parece que fué el destinado por la Providencia Divina, para poner en contacto los pueblos descendientes de Sem con los que descendían de Jafet, las lenguas semíticas con las indoeuropeas. En efecto, estos intrépidos hijos de Oriente, vivían en los bajeles, el mar era su patria adoptiva, tenían sus familias en las costas de la Siria y en las islas de Tiro y del Aradus, desde donde abastecían á todo el mundo conocido, de los artículos que necesitaban, estableciendo un cambio mutuo de los efectos que producían los diversos países que atravesaban. Y al mismo tiempo que llevaban á Occidente sus mercancías, difundían su idioma, esparciendo las semillas que más tarde fructificarían.

Con estos datos ya podemos llegar al estudio de los elementos primitivos de nuestra armoniosa lengua. Y de él deducimos, que ésta ha resultado de la mezcla de las lenguas de flexión, y que ha tomado de cada una lo mejor que podía escoger, es decir, que se ha verificado en ella una admirable síntesis, reuniéndose la sencillez severa de las lenguas de Oriente con la artificiosa variedad de las de Occidente. Como observa un ilustre académico español, nuestra lengua en su diccionario, es decir, en la formación primitiva de sus voces tiene mucho de las lenguas indoeuropeas, y en su gramática, esto es, en el arreglo que debe hacerse de las palabras para formar las oraciones que componen el discurso, es casi semítica.

Si recorremos todas las lenguas que han contribuído á la formación del bello idioma español, veremos que desde su

origen se han mezclado las de una familia con las de la otra. En efecto, algunos autores opinan que desde los cuatro idiomas primitivos, que fueron el vascón ó eúscaro, el celtibérico, et bástulo y el turdetano, comienza la mezcla, pues dicen que el turdetano es de origen hebreo y que el vascón ó eúscaro tiene relaciones muy perceptibles con los idiomas semíticos. Después los fenicios que, como hemos dicho, pusieron en contacto los pueblos orientales con los occidentales, llevaron á Iberia al mismo tiempo que su comercio, su idioma que era semítico. Todavía en el idioma español se conservan vestigios de la influencia fenicia, sobre todo en la nomenclatura geográfica, como por ejemplo, el mismo nombre de España, el de Cádiz, el de Córdoba y otros. Fenicio también aunque llegado por otro camino, es nuestro alfabeto, pues la opinión más generalmente aceptada es la de que la escritura fenicia tomada de la hebrea, fué introducida á Grecia por Cadmo el fenicio, y que de allí los pelagos la llevaron á Italia en donde dió origen á la escritura latina que es la que usamos.

En el siglo II antes de la Era cristiana, la poderosa Roma, que había extendido sus conquistas en todos sentidos, llegó á declarar á España provincia suya, imponiéndole su idioma que era indoeuropeo, según hemos visto, y que fué otro elemento constitutivo del idioma español. En el siglo V de nuestra era, el pueblo romano que después de haber llegado á su más alto grado de esplendor, se abandonó al lujo y á la corrupción de sus costumbres, estaba ya tan débil, que no pudo resistir al empuje de los pueblos del Norte, y fué invadido por ellos en todas sus provincias. De éstos llegaron á España los suevos, alanos, vándalos y visigodos, que luego se llamaron simplemente godos. El dominio de los tres primeros fué efímero, y por consiguiente no se puede decir que ejercieran influencia sobre el idioma. Los godos que, según la opinión mejor recibida, se consideran como vástagos de la rama de Jafet, y hablaban un idioma indoeuropeo, sí dominaron por espacio de tres siglos. Podemos asegurar que este idioma sí dió gran contingen-

te para la elaboración del idioma español; pero no podemos determinar con precisión la parte que éste tiene de aquel. Por último en el siglo VIII llegó á España una nueva oleada procedente del Asia. Los árabes invasores de esta época constituyen un pueblo semítico de pura raza, como que descenden de Ismael hijo de Abraham. Su idioma se extendió en España casi con la misma rapidez que sus conquistas, lo que se debió indudablemente á que al penetrar el semitismo por la banda meridional, encontró el terreno tan bien dispuesto, que podemos decir que más bien que una novedad trajo una renovación filológica. Por esto vemos que hasta los españoles más intrépidos que se retiraron á las montañas de Asturias para defender heroicamente su amada religión y su apetecida independencia, y no obstante el odio instintivo que tenían á la media luna, adoptaron en parte el idioma de los opresores. Y este puede decirse que fué el último de los componentes de nuestro idioma.

Todos estos idiomas de una y otra familia que hemos citado, han dejado alguna huella en el nuestro, pero sería muy difícil determinar con precisión la parte que corresponde á cada uno de ellos. Los más notables y que pudieran considerarse como representantes de las familias indoeuropea y semítica, son respectivamente el latín y el árabe. En éstos nos fijaremos, estudiando, aunque sea lijeramente, los rasgos característicos que nuestra lengua tiene de ellos, para ver si es cierto, como hemos dicho, que ha tomado lo mejor y más útil, reuniendo la sencillez y precisión de las lenguas semíticas con la gracia y variedad de las indoeuropeas.

Tanto en el diccionario español como en la gramática, se encuentran vestigios de la lengua latina (que transmitió también algo de la griega), así como de la árabe, pero en el primero dominan los de la lengua latina, y en la segunda los de la árabe. Así examinando el diccionario se descubren sin gran dificultad en la mayor parte de las palabras españolas, raíces tomadas del latín y aún se encuentran algunas palabras latinas que

han pasado sin ninguna alteración, y otras lijera-mente modificadas; ejemplos: doctrina, color color; sermo sermón, necesi-tas necesidad, templum, templo, etc., y muchas voces forma-das de raíces griegas que nos llegaron por intermedio del latín; ejemplos: kilogramo, telégrafo, etc., pero al mismo tiempo se cuentan aunque en menor número, palabras de procedencia ára-be, entre las que se pueden citar, dibujo, elíxir, jabalí, y entre otras, muchas de las que comienzan por *al* como alcaide, al-mud, almacén, almirez, etc. Ahora bien, si consideramos la gramática, observamos que ha tomado sus reglas principales de la gramática semítica de los árabes y algunas de la gramá-tica latina. En efecto, en primer lugar tenemos el artículo que casi siempre acompaña á los nombres, limitando su extensión, que es propio y particular del árabe. Los nombres sólo modi-fican su estructura material para indicar las modificaciones de número y género, el femenino se forma como en la gramática árabe, agregando al masculino la terminación *a*, que en el sim-bolismo oriental significa ternura, afecto, pero también tienen género los nombres de seres inanimados, que se aplican al masculino ó femenino, generalmente según su terminación, y hay además otros cuatro géneros, neutro, común de dos, epi-ceno y ambiguo. Los adjetivos, como los nombres, sufren tam-bién variaciones en los números y en los géneros, con lo que se facilita la concordancia y se tiene alguna libertad de cons-trucción. Las relaciones de diferencia ó régimen se indican co-mo en las lenguas semíticas por palabras independientes lla-madas preposiciones ó simplemente por la colocación respec-tiva de sus términos. De aquí depende la diferencia capital que aleja á la gramática española de la gramática latina. Por esto aunque la primera tiene bastante libertad de construcción, de-bida á sus reglas de concordancia, no la tiene tan ilimitada como la segunda, y por consiguiente nuestra lengua aunque puede contarse entre las literarias, no es tan enérgica y armo-niosa como la lengua latina. Pero en cambio el estudio de nues-tra gramática es más fácil y se adapta á todas las inteligencias.

La construcción castellana es casi idéntica á la semítica, como puede comprobarse traduciendo literalmente cualquier trozo tomado de las lenguas hebrea ó árabe, cosa que si se hiciera con un pasaje tomado del latín lo dejaría ininteligible.

El idioma español en los verbos, se aproxima un poco más al latín, tendiendo siempre á la simplificación. Así en la voz activa tiene gran variedad de formas en los modos, tiempos, números y personas, pero carece de voz pasiva que suple con el verbo ser y un participio pasivo.

La diversidad de formas en los verbos unida con la de los nombres y adjetivos, aun cuando sea sólo para los números y géneros, da á nuestra lengua gran belleza, que se aumenta con la facilidad que tiene, venida del árabe, para la derivación de los aumentativos, diminutivos y despectivos, tanto de los nom-bres como de los adjetivos, de los verbos y aún de los adver-bios, y para la formación de comparativos y superlativos, no sólo de los adjetivos como en latín, sino de casi todas las pa-labras.

Aunque sobre este punto, que apenas he iniciado, reina gran-de obscuridad y hay diversidad de opiniones, podría decirse todavía mucho; pero no me lo permiten ni mis escasos cono-cimientos ni el breve tiempo de que dispongo. Resumiendo para concluir, repetiré que nuestra hermosa lengua se ha for-mado de la mezcla de las lenguas semíticas é indoeuropeas, de las cuales ha aprovechado lo mejor, pues ha reunido la ri-gidez de las lenguas semíticas con la flexibilidad de las indo-europeas, como hemos procurado probarlo. No puede deter-minarse con certeza la parte que tiene de cada una de ellas, como no puede precisarse tampoco en el Océano la parte de agua que recibe de cada río. Así, en lo absoluto no puede con-siderarse ni como neolatina ni como neosemítica, ni mucho menos, según opinan algunos, como una corrupción del latín, porque en lo corrompido no puede encontrarse la belleza que se nota en nuestra sonora, rica y variada lengua, sino en el sentido de que de la descomposición de la semilla brota el ár-

bol que más tarde se ha de presentar frondoso, con bellas flores y magníficos frutos. Pues se puede asegurar que nuestra majestuosa lengua, tal como hoy la usamos ha llegado á su apogeo, y que no hay pensamiento que concibamos ni sentimiento que nos anime que no podamos dar á conocer exactamente á los que nos rodean.

Quisiera tener las dotes necesarias para haber desarrollado mi tema con la pericia y corrección que merece mi ilustrado auditorio; desearía poseer el lenguaje del poeta para manifestaros prácticamente la grandeza y hermosura de nuestra lengua, pero ya que carezco de ellas, espero que supliréis con vuestra indulgencia, las grandes deficiencias de mi insignificante trabajo, atendiendo á que apenas he tocado el primer peldaño de la escala ilimitada del saber.

México, 27 de Julio de 1895.

NATALIA VÁZQUEZ.

VIAJE DE MÉXICO Á ESPAÑA.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

LENA de confianza por la suma indulgencia con que usualmente acogéis nuestros trabajos, me atrevo á manifestaros mis anhelantes deseos de constituirme en vuestro guía de una simpática cuanto útil excursión que vamos á emprender y á la que dará más brillo vuestra agradable compañía.

El lugar que vais á conocer no os desagradará, por lo que espero me acompañaréis con gusto.

Nuestro viaje va á ser de México á España. Creo estaréis dispuestos para partir.

Dirijámonos á la Estación de Veracruz; ocupemos uno de los coches del Ferrocarril Mexicano, en donde iréis con más comodidad.

No temáis en nuestro camino ninguna catástrofe como la de tristísimos recuerdos acaecida en Temamatla el 28 de Febrero del presente año. No; os garantizo la más perfecta seguridad.

La imaginación será nuestro vehículo, y ella nos conducirá en raudo vuelo de México á Madrid.

Impacientes os veo por comenzar vuestro viaje; más os rue-